

Un lujo muy cercano

Es imposible que me olvide del día en que Eloy Fernández Clemente y yo nos hicimos amigos. Fue en el otoño de 1983. Yo tenía 21 años y estudiaba cuarto de Empresariales. Yo sabía muy bien quién era Eloy. No sólo porque –junto a Carlos Forcadell– me había dado clases de Historia Económica sino porque ya era, en cierto modo, una leyenda de la sociedad aragonesa. A mi admiración por él había contribuido enormemente Manolo Rotellar, que no hacía más que hablarme maravillas de ese amigo suyo que había sido profesor mío. Y si Manolo me hablaba con ese entusiasmo de alguien es que ese alguien merecía mucho la pena.

Un día infame de ese otoño del 83 Manolo Rotellar, deslumbrante escritor cinematográfico, cayó gravemente enfermo y lo ingresaron en el Miguel Servet. Y o intuía que Eloy estaría muy pendiente de Manolo y una mañana, entré en su despacho de la Facultad para preguntar por nuestro amigo. En efecto, Eloy seguía al minuto la evolución de la enfermedad: en el hospital tenía un amigo médico, Isaías Moraga, al que telefoneaba a diario. Entonces, todas las mañanas, como un rito, yo me pasaba por el despacho de Eloy y, delante de mí, Eloy llamaba a Isaías. Un día decidimos ir juntos a ver a Manolo al hospital. Salimos de aquella habitación muy tristes. En el paseo de vuelta, hablamos de los seres queridos, de la muerte y del sentido de la vida. No tengo ninguna duda de que en ese paseo nos hicimos amigos.

Eloy leía mis comentarios de cine en *El Bejorro*, la revista de la Facultad, y me ofreció escribir en *Andalán*. El primer trabajo que me encargó fue simbólico: realizar un inventario de todas las colaboraciones de Rotellar en *Andalán* en el primer aniversario de su muerte. Recuerdo con una precisión absoluta la ilusión que me hizo leer mi nombre firmando en la mítica *Andalán* un artículo sobre el gran Rotellar. Y tampoco puedo olvidar el mimo con el que Eloy me corrigió mi primer texto, señalándome los puntos y apartes donde yo había puesto puntos y seguidos. Eloy me integró en el mundo *Andalán* con todas las consecuencias: me animó a asistir a las reuniones y a las cenas de los lunes y me encomendó colaborar en la administración de la revista. Estuve en *Andalán* hasta su cierre, en enero de 1987. Esos dos años y medio fueron algunos de los más intensos y divertidos de mi vida. Me parecía un lujo poder disfrutar de gente como Eloy o José Antonio Labordeta, las dos referencias imprescindibles de aquella aventura imprescindible.

Es muy importante tener suerte con los maestros con los que te tropiezas en esta vida, sobre todo en esos años de la primera juventud donde las experiencias resultan tan

impactantes y a menudo definitivas. Y , desde luego, yo tuve mucha, muchísima suerte, tropezándome con Eloy Fernández Clemente. Eloy me ha empujado siempre a hacer muchas cosas. Nunca se lo he dicho a él, pero tal vez es el momento de que lo haga: no sé si por el miedo a defraudarle, pero tengo la ligera impresión de que pocas veces he estado a la altura de su interés y de su cariño.

Para mí, al margen de mi gratitud personal, Eloy encarna a la perfección el modelo de intelectual total que, lejos de aislarse en su guarida, consagra parte de su talento a catalizar proyectos colectivos de hondo calado. También representa algunos valores de oro: la cultura del esfuerzo, la responsabilidad social, el compromiso con su tiempo, la pasión por la verdad, la decencia moral, la elegancia intelectual. Su curiosidad, sus inquietudes y su capacidad de trabajo parecen no tener fin. Es un finísimo analista de su época y un excelente conversador. Ha investigado, escrito y hablado con enorme lucidez y sabiduría de cientos de temas y personajes. Uno de sus eternos amores ha sido Aragón, una tierra que es mucho mejor gracias a él. Y es tierno, generoso, divertido y hasta gracioso, sobre todo cuando se achina los ojos con los dedos índices. Y se viene arriba cuando en la charla, de repente, le nombras a Dominique Sanda o Jacqueline Bisset.

Eloy se acaba de jubilar como catedrático de universidad. Eso significa que, sin clases, tutorías ni exámenes, sus días serán mucho más largos. Estoy seguro de que los seguirá empleando en hacernos un poco mejores.

Luis Alegre